

po, pero la formidable tarea de reelaboración realizada por la Escuela sentaría las bases del método crítico preciso para el estudio de tales observaciones.

En *La oración* Mauss muestra el prejuicio implícito en la creencia de que la oración mental es anterior a la oración ritual. La consiguiente oposición de lo que podríamos llamar las tesis dogmáticas daría buena muestra de los problemas que debería encontrar la Escuela al pretender abordar los problemas religiosos desde su exterioridad. Lo mismo sucede en el *Ensayo sobre el sacrificio*, escrito en colaboración con Hubert, y en el que se prueba la imposibilidad de reducir la institución del sacrificio a un origen histórico común. Por el contrario, lo que define la estructura sacrificial es el «establecer una comunicación entre el mundo sagrado y el mundo profano por el intermedio de una víctima, es decir, de una cosa destruida durante una ceremonia». Tal afirmación se articula con la consideración de que lo «sagrado» es el espacio de lo colectivo, frente a lo profano o individual. El que muchos de los desarrollos basado en tal contraposición hayan sido superados —por ejemplo, la noción de «mana»—, no disminuye su interés de cara a la elaboración del concepto de modelo consciente, y de su recíproco, la estructura inconsciente.—LUDOLFO PARAMIO. (*Raimundo Fernández, Villaverde, 15. MADRID*).

LEOPOLDO ZEA: *América en la Historia*. Revista de Occidente. Madrid, 1970. 256 pp.

Ahora que parece existir en algunos sectores de nuestro viejo continente un sincero y profundo interés por los problemas de los pueblos hispanoamericanos, es oportunísima la divulgación de las páginas del libro del doctor Leopoldo Zea. No sólo por el sutil planteamiento que de algunos de esos problemas realiza el autor, sino especialmente por el hecho de que la mayor parte de esos problemas son la herencia que Europa dejó a los jóvenes pueblos de Hispanoamérica. Escribir una historia de los pueblos hispanoamericanos implica el tener que salvar no pocos obstáculos. Obstáculos, desde luego, no sólo de método o esquematización de índole meramente histórica, sino, por el contrario, de investigación de la propia civilización europea. Los jóvenes pueblos de allende los mares, cosa en la que no es menester insistir, no poseen una historia rigurosamente original —entendiendo por original el haber sido ellos mismos los únicos creadores de sus instituciones sociales y políticas—; por consiguiente, siempre que se anhele

encontrar sus primitivas raíces, es decir, los cimientos de su idiosincrasia, es preciso, quierase o no, proceder al análisis de sus relaciones con el mundo occidental. Estas relaciones, subraya el doctor Leopoldo Zea, constituyen nuestra historia. Advierte el autor que los pueblos de Hispanoamérica han estado siempre condicionados por el peso de su pasado y, naturalmente, les ha faltado *originalidad* para solventar sus dificultades políticas, sociológicas y económicas. El gran problema, pues, de los pueblos de Hispanoamérica estriba en haber mirado excesivamente a Europa y, por supuesto, en haber tomado como modelo, con la ilusión de trasplantarlas a su propio suelo, las instituciones y estructuras de la vieja Europa.

Un sentimiento que el hispanoamericano, no sabemos si afortunada o lamentablemente, no ha abandonado nunca es el referente a su filiación occidental. Este sentimiento, si aceptamos la tesis del autor de estas páginas, solamente ha sido defendida por el pueblo, puesto que, como es bien sabido, las mentes más claras del mundo iberoamericano se empeñaron siempre en que lo importante era adoptar el espíritu de independencia y originalidad que había hecho posible el mundo moderno y sus instituciones culturales, sociales y políticas; este espíritu, adaptado a la realidad iberoamericana, daría a la larga sus frutos, como los había dado ya en Europa y en los Estados Unidos de Norteamérica. La preocupación por establecer en América no sólo el espíritu europeo, sino también sus frutos, era ya vieja en los pueblos iberoamericanos, tenía sus raíces en la misma etapa colonizadora. Y en este aspecto cabe, subraya el profesor Leopoldo Zea, señalar una diferencia respecto al espíritu que animó a los colonizadores sajones de la América en relación con el que animaba a los iberos, especialmente a los españoles. Los primeros, los sajones, buscaban en América la realización de un mundo nuevo que no podía ser realizado en Europa. Se trataba de hombres, igualmente nuevos, esto es, sin acomodo en las viejas sociedades europeas de origen feudal. Muchos de estos hombres veían en América la oportunidad de crear el mundo que habían soñado para Europa. Un mundo nuevo donde habían de tener acomodo sus nuevos ideales. Un mundo en el cual no hubiere que luchar contra viejos intereses creados. Un mundo virgen que podría ser moldeado de acuerdo con los ideales de la modernidad. Así, hombres que se sentían ajenos a los ideales de la vieja Europa cristiana, fuera del orden por ella establecido, se lanzarían a una aventura en la que tenían mucho que ganar y prácticamente nada que perder.

No sucede lo mismo, nos dice el autor, con los conquistadores y colonizadores de las tierras que habrán de formar la América ibera. Estos, los iberos, lejos de quemar las naves del pasado como lo hicieron

los sajones en América, se lanzan a la aventura para crear en el nuevo continente un mundo semejante al que dejan en la vieja Europa, en España y Portugal. La única diferencia es que en este mundo creado por ellos en América tendrán el acomodo que no tienen en el europeo. Un mundo en el cual se pueden crear lugares de privilegio que ya se encuentran tomados en Europa. Un mundo en el cual los campesinos puedan ser terratenientes; los siervos, señores; los peones, caballeros; los villanos, nobles. Un mundo semejante al de la Península Ibérica, pero con otros señores y otros siervos. Un mundo con nuevas cortes, castillos, feudos, tierras y súbditos. Un mundo en el cual el antiguo servidor pueda ser amo. Tal es, concluye el profesor Leopoldo Zea, lo que tratarán de establecer los conquistadores y colonizadores de la América ibera. No se trata de crear un mundo nuevo, sino de reproducir el antiguo para buscar en él el acomodo que no se encuentra en el original.

Excelente filósofo, recordemos que el doctor Leopoldo Zea ha sido discípulo directo de José Gaos, profundiza en extremos altamente sugestivos, como, por ejemplo, en la toma de conciencia que el hispanoamericano tiene de su pasado histórico. El iberoamericano, a diferencia de lo que les acontece a muchos occidentales, quiere saber y conocer a la perfección cuáles son sus orígenes históricos y, sobre todo, con una finalidad ciertamente envidiable: la de cargar con las culpas de la historia. El iberoamericano, y con él el ibero de la Península y, en buena parte, el latino, se resiste a amputar cualquier dimensión de la historia, aunque a la larga, por razones fácilmente comprensibles, acabe realizando, o al menos intente realizar, la más absurda de las amputaciones; a diferencia del moderno que, a partir de su presente y en función con su pasado, se enlaza con un pasado que ahora se encuentra ya a su servicio y no a la inversa. El iberoamericano no; éste, obligado por las circunstancias en que se halla, al no encontrar la conciliación entre el pasado cristiano que ha heredado y el modernismo que anhela heredar, intenta amputar su pasado para hacerse digno del futuro que anhela. Y en esta pugna entre su pasado y su futuro, entre lo que es por obra de sus antepasados y lo que quiere ser en el futuro, agota posibilidades que el moderno ha desarrollado sin preocuparse por una amputación que sabe es imposible realizar.

A fuerza de querer incorporarse a la historia europea, occidental, el iberoamericano —considera el profesor Leopoldo Zea— ha olvidado que la mejor forma de historia sin más es imitar a esa misma historia en aquel aspecto que varios de los próceres de la emancipación mental de Iberoamérica señalaban: la originalidad. Esto es, la capacidad

para hacer de lo propio algo universal, válido para otros hombres en situación semejante a la propia. Conciencia que tuvo desde sus inicios el hombre occidental, que no sólo se conformó con hacer válidas sus expresiones concretas para hombres en situación semejante a la suya, sino, inclusive, a hombres cuyas circunstancias podían serle diametralmente opuestas. Conciencia de la historia occidental que hizo de la situación concreta de éste la situación válida para todos los hombres que aceptasen su subordinación a ella. Conciencia cuyas consecuencias fueron la subordinación a ella de pueblos que no habían tomado conciencia de sí mismos, la conciencia de su propia historia.

¿En qué consiste, por lo tanto, la historia de la cultura iberoamericana? Para el autor de estas páginas, tesis que nos parece muy acertada, la historia de la cultura iberoamericana es una historia en la que sus hombres realizan una permanente quema de naves, una renuncia permanente a lo que son, para el logro de lo que no sólo no son, sino que se evita lleguen a ser. Una historia en la que alterna la admiración por los grandes pueblos que le sirven de modelo con la amarga queja de la actitud de estos pueblos frente a sus admiradores. Hombres que, para llevar a sus pueblos las instituciones democráticas y liberales que enarbolan las naciones modernas como signo de superioridad, tienen que luchar no sólo contra las resistencias que les impone su propia realidad, su pasado aún vivo, sino también contra esos pueblos que se niegan a reconocerles capacidad para mantener esas instituciones. Hombres que, por establecer en sus pueblos las formas de libertad de las que se presentan garantes pueblos como Inglaterra, Francia o los Estados Unidos, se ven obligados a luchar no sólo contra los grupos más conservadores de sus propios países, sino contra esos mismos pueblos que admiran y les sirven de modelo, los cuales se han transformado en fuerza que no sólo estimula a las fuerzas opuestas a sus anhelos, sino que, inclusive, las defienden enviando en su apoyo todos los elementos materiales que son necesarios para su conservación y triunfo. Por tratar de ser modernos tendrán que luchar con las fuerzas de la modernidad, que se pondrán del lado de las viejas y aparentemente fenecidas fuerzas feudales para evitar su logro. ¿Por qué? El porqué de esta actitud lo lleva la misma modernidad en sus entrañas. Es el porqué, hace el autor hincapié en esta cuestión, de la razón por la cual la misma ha dado origen a una cultura como la occidental, capaz de expandirse por todo el mundo, como nunca cultura alguna lo había logrado antes.

Otra de las interrogantes que inquietan grandemente al autor es la concerniente a la determinación de la culpabilidad que la historia arroja sobre las espaldas de los hombres. Es el hombre moderno, es-

cribe el doctor Leopoldo Zea, el que, una vez puesta en crisis su relación con esa vida eterna en Dios ve en la historia una «culpa» que se niega a aceptar como suya; pero para acabar aceptándola como instrumento de su afirmación en el presente y de justificación para el futuro. Pero tanto en su actitud antihistoricista como en su actitud historicista, el hombre moderno toma conciencia de la historia como de algo que no puede ya eludirse. En efecto, nos advierte el autor en otro lugar de este libro, el hombre que ha descubierto la historia, el hombre que ha tomado clara conciencia de la misma, es el mismo hombre que busca una justificación de su preeminencia en el mundo nuevo que está creando. Con lo primero que tropieza este hombre es con la historia, con esa historia que en forma de tradición justifica a la aristocracia feudal. El nuevo hombre, el creador de la cultura occidental, se encuentra fuera de la tradición en nombre de la cual justifica su predominio un determinado grupo de hombres; fuera de un pasado que no ha hecho y, por lo tanto, sin justificación para sus aspiraciones y predominio frente al de la aristocracia y la Iglesia medievales. Tanto la una como la otra tienen, como lo más natural, su justificación en el pasado, en la tradición por ellas heredada; su justificación en la historia hecha por esas clases y grupos.

¿Cuál es, según el autor de estas páginas, la lección que Occidente ha brindado a Hispanoamérica? Por lo pronto, a nuestro parecer, algo sumamente sencillo, a saber: que los pueblos, como los hombres, nada pueden esperar de otros que no puedan esperar de sí mismos; tal es, en efecto, la enseñanza del Occidente al mundo. Los pueblos no occidentales han aprendido algo que antes les era ajeno: *su puesto en el mundo*. El Occidente, al expandirse, ha creado un ámbito universal que antes era ajeno a todos los pueblos del mundo. Un ámbito dentro del cual cada pueblo va a poder medirse. Medida que, subraya el doctor Leopoldo Zea, no va a ser otra cosa que expresión de la capacidad o incapacidad de un pueblo; de las posibilidades e imposibilidades de sus hombres. Hasta ayer, cada pueblo se sentía el centro del mundo o del universo, al no sentir la presencia de pueblos que resistiesen esta universalidad. Ahora esto ha cambiado: el Occidente ha hecho sentir su presencia e impuesto sus puntos de vista: los puntos de vista de una cultura que se considera a sí misma como universal. Ha hecho patente la existencia de una historia, su historia, como historia universal. Una historia de la cual son simples accidentes las historias de otras culturas, las historias de otros pueblos. Historias marginales, accidentales, que sólo valen por lo que pudieron haber sido como instrumentos de la historia universal y, si acaso, por lo que pueden llegar a ser en un problemático futuro.

En todo caso, piensa el doctor Leopoldo Zea, la incorporación, hasta ayer forzosa y ahora consciente, al mundo occidental de los pueblos no occidentales les dará también, les está dando, conciencia del papel que tienen en el mismo. Su papel de «proletariado cosmopolita», como lo llama Toynbee. Es la toma de conciencia del esclavo frente al amo de que habla Hegel en su *Fenomenología del espíritu*; la toma de conciencia del proletariado de que habla Marx. Y, con ella, la conciencia del importante papel que estos pueblos han tomado en la realización de la cultura occidental. Una cultura que es lo que es gracias a la obligada colaboración que a la misma han dado los pueblos no occidentales. Cultura que, para su crecimiento material, ha necesitado de los sacrificios de muchos hombres y pueblos. Pero una cultura, también, en la que se hacen patentes los más altos conceptos sobre la dignidad humana. Esa dignidad en nombre de la cual reclaman otra situación los hombres y pueblos a los cuales les había únicamente tocado el papel de sacrificados.

¿Cuál fue la respuesta de Occidente al afán de occidentalización de Iberoamérica? Al tratar de encontrar la respuesta adecuada es evidente que el autor de este sugestivo y excelente estudio está, a nuestro modesto parecer, abordando el tema clave del libro. Y, en efecto, la respuesta—como agudamente señala el doctor Leopoldo Zea—en nada se apartó de la que el mismo Occidente había dado a esfuerzos semejantes en Europa y otras partes del mundo: el rechazo absoluto. No le fueron reconocidos a Iberoamérica los esfuerzos realizados por arrancarse un pasado que los confinaba en un mundo opuesto al progreso; tampoco le fueron reconocidos sus esfuerzos por adquirir hábitos y costumbres occidentales, repudiando los que había heredado. Iberoamérica siguió siendo la tierra de barbarie a la que sólo el Occidente podía redimir sometiéndola. Por ello, en nombre de la civilización, franceses e ingleses bombardean puertos e invaden tierras de esta América, aliándose, inclusive, con las fuerzas que en Iberoamérica se oponían a la occidentalización de sus países. En nombre de la misma civilización y el progreso, los Estados Unidos de Norteamérica extienden sus fronteras, amputando las mexicanas en 1847; en 1863, Francia, también en nombre de la civilización, apoya a las fuerzas conservadoras mexicanas en su lucha contra las liberales, tratando de imponer un imperio que venía a ser la negación del progreso, cuya bandera enarbolaban los invasores. También en nombre de la civilización, la democracia y la libertad, Norteamérica, modelo de todos los pueblos iberoamericanos, apoyará a tiranuelos y dictadores que negaban y niegan tales principios, para así afianzar los intereses concretos del mundo occidental en su expansión.

A la vista, pues, de lo anteriormente expuesto, el lector no se sorprenderá de que el doctor Leopoldo Zea subraye, entre otras muchas cosas, mucho es lo que se ha hablado de la falta de comprensión entre la América sajona y la América ibera; la misma falta de comprensión que encontramos entre el Occidente y el resto del mundo. Mucho han hablado también los publicistas norteamericanos sobre la incapacidad iberoamericana, o latinoamericana, para comprender los altos fines y valores representados por la civilización norteamericana, que ha dado origen a las mejores expresiones de la democracia, la libertad y el *confort* material. Incapacidad iberoamericana para comprender la importancia que tienen estas aportaciones a la cultura que, inclusive, justifican la intervención norteamericana para imponer, si así es necesario, tan altos valores. Por ello, subraya firmemente el autor de este libro, muchas de las intervenciones norteamericanas en la América ibera van a ser justificadas, en este sentido, como intervenciones en defensa de la democracia y libertad amenazadas, se impondrán dictaduras que, se supone, tienen como fin defenderlas, al menos simbólicamente, porque de hecho no podrían existir dentro de dictadura alguna, cualquiera que sea la justificación que ésta se dé.

Es preciso destacar, por último, que el Occidente, en su expresión estadounidense, se ha empeñado, a su vez, en mantener en Iberoamérica formas de gobierno que son las antípodas de las instituciones democráticas y liberales que éste ha originado en sus propias tierras; se ha empeñado en hacer de la América ibera un simple proveedor de materias primas sin capacidad técnica para su transformación, y en mercado de las mismas una vez transformadas por la técnica y manos occidentales. La gran tolerancia que, dentro de sus propias fronteras, guarda el Occidente para cualquier forma de gobierno, se transforma en intolerancia si surge algún gobierno cuya única pretensión sea hacer de su país otro Occidente, esto es, un pueblo con libertades, derechos y el *confort* material necesario.

He aquí, sin duda, un magnífico libro en donde el pasado y el presente de los países hispánicos son sometidos a exhaustivo análisis. Un análisis en torno de la verdad histórica, de la verdad humana y, consiguientemente, de la verdad espiritual y de la legitimidad de las instituciones políticas y sociales de los pueblos de allende los mares. Pueblos que, en verdad, están siempre presentes en la conciencia española.—JOSE M.^a NIN DE CARDONA (*Instituto de Cultura Hispánica. MADRID*).